

etapa de su historia bajo la dirección del célebre Hernán Cortés, que fué también representante de la nación más batalladora de la época.

II

EPOCA COLONIAL.

Del imperio azteca pasamos á la colonia española, y en materia minera se transformó y creció la exploración, apenas comenzada por los primitivos pobladores del Anáhuac.

Aquella vasta y minuciosa investigación de todo el territorio, se lleva á cabo con inaudito tesón por los hábiles é incansables gambucinos de la época colonial. De la explotación rudimentaria por el fuego, del oro, de la plata y del cobre, se llegó al torrente caudaloso de metal blanco, lanzado por los españoles á la circulación monetaria universal. Por todas partes se descubren en nuestra República las huellas de los trabajos mineros de aquel entonces; labores que, andando los tiempos, habrían de ascender hasta las célebres explotaciones de Compostela, de Zacatecas, de Sombrerete, de Guanajuato, de Taxco y de Pachuca.

¿Qué fué lo que impulsó á los españoles á

explorar casi todas nuestras montañas en busca de criaderos minerales? ¿Fué tan sólo el hipo de oro, á que se refiere, en su acerba crítica del conquistador, el Padre Las Casas?

Es indudable que deben haber sido varias las concausas del movimiento:

El afán del lucro personal, que tantas y tan hondas y tan irreparables injusticias les hizo cometer; el deseo colectivo de enriquecimiento de la patria española, á la que enviaban periódicamente grandes remesas de los metales preciosos; el ahinco característico de cada español, en aquella época, de superar á los demás en la realización de las más grandes hazañas.

Cuando no les era posible ir á la guerra, lanzábanse á la lucha contra la naturaleza y contra lo desconocido en las abruptas montañas de los territorios nuevos.

La guerra misma les impulsaba á la exploración y al trabajo de los criaderos de cobre y de estaño, con el fin de proveerse de los metales entonces necesarios para la fabricación de los cañones.

Por otra parte, fué notable aquella ansiedad constante é imperiosa que sentían todos de cooperar con su esfuerzo al engrandecimiento de la conquista.

El guerrero procuraba alcanzar ese ideal mediante la fuerza y la opresión por las armas; el santo misionero, que felizmente seguía por todas partes y en ocasiones hasta precedía al soldado, empleaba para lograr el mismo fin el atractivo de la bondad y la luz de la inteligencia; pero ambos á porfía exploraban por todas partes y avanzaban sin vacilar, con la espada ó el crucifijo en la mano, á través de las regiones que no conocían y que les eran hostiles.

Era mucho menor la dificultad con que, en país enemigo, podían defenderse allá arriba, en la montaña, los núcleos de población constituidos por los mineros.

Y es digna de tomarse en cuenta la facilidad relativa con que en las zonas concéntricas de esos núcleos y bajo su amparo llegaban á establecerse los naturales pacíficos, consagrándose tranquilamente á las labores del campo.

Era posible así el desarrollo de los trabajos de la agricultura, en un radio tanto mayor cuanto más importante y activa fuera la explotación minera, porque les servía de poderoso y eficaz estímulo la seguridad del consumo creciente del Real de minas.

Además, faltando por completo vías de comu-

nicación fáciles y baratas, deben de haber calculado muchas veces que, en aquellos caminos de herradura, sólo podían resistir la carestía de los fletes las barras de los metales preciosos.

Por último, éstas en muy pequeño volumen representan un valor muy considerable, y podían, por lo mismo, concentrarse con ellas muy grandes capitales,

Esto ha de haberles hecho pensar que constituían el único producto capaz de sufragar los gastos necesarios á su defensa durante el transporte, en aquella época de inseguridad, de asaltos y de guerra.

Tales deben haber sido, probablemente, los motivos principales de aquella busca infatigable y de aquella creciente explotación.

Exploración defectuosa, porque les faltaban los prudentes y atinados consejos de la ciencia geológica actual; explotación deficiente, porque no se contaba para dirigirla sino con los rudimentos de la mecánica y de la física. La química vino después.

Y tampoco podían fundar su administración en los grandes pero modernos adelantos de la estadística y de la ciencia económica.

Sin embargo, en los terrenos vírgenes algún

premio alcanza, por la extensión de los cultivos, el agricultor imperito. Y en la industria minera, los placeres ó yacimientos superficiales y las labores á tajo abierto y á pequeña profundidad, algún resultado benéfico producen también en pago del incansable trabajo del minero indocto.

Y como nunca se cansaron, grandes pagos obtuvieron. En ésta como en todas las materias no podían traer los españoles sino aquello que poseían. Su riqueza científica no estaba constituida sino por los conocimientos generales de aquellos tiempos, en los que apenas comenzaba á percibirse algunos tímidos rayos de la claridad que esparcen ahora las ciencias experimentales.

Sin embargo, comparando sus trabajos con los de la época anterior, nos trajeron muchos adelantos. En lugar del fuego azteca emplearon, para desagregar las rocas, la explosión de la pólvora europea. A las mazas de piedra y las de bronce, para efectuar los trabajos, sustituyeron, impulsándolos con ellas, las herramientas de hierro. En la extracción de los minerales, se reemplazaron con los tornos las espaldas de los obreros.

Y al presentarse en las excavaciones el gran

enemigo de ellas, el agua, que es al mismo tiempo el más benéfico colaborador del agricultor inteligente, no se sintieron obligados al abandono de su explotación minera. Importaron pequeñas bombas y con ellas desaguaron las labores, y ya en seco, su trabajo inteligente les permitió llegar después á mucho mayores profundidades.

En cuanto á las labores de la superficie, emplearon el hierro para triturar las piedras minerales, y las tahonas para pulverizarlas; con los hornos castellanos engrandecieron la fundición, y hasta donde la época lo consintió, mejoraron por notable modo la naciente metalurgia mexicana.

Parece demostrado que fueron las exigencias de la guerra las que dieron el primer impulso á los trabajos mineros en la época de los españoles.

Hernán Cortés, en una de sus cartas al emperador Carlos V, dándole conocimiento del hecho, exprésase así: "No hay cosa que más los ingenios de los hombres avive que la necesidad." "Me di mucha prisa á buscar cobre, y di para ello mucho rescate para que más aína se hayase; y como me trajeron cantidad, puse por obra un maestro que por dicha aquí se ha-

lló, de hacer alguna artillería, é hice dos tiros de medias culebrinas.”

Como es natural, las fabricó de bronce ó liga de cobre y de estaño, y de este último metal “topó entre los naturales de una provincia que se dice Tachco, ciertas piecezuelas de ello, á manera de moneda muy delgada, y procediendo por mi pesquisa, hallé que en la dicha provincia, y aun en otras, se trataba por moneda.”

Después de esto, consagrados los españoles á su organización y satisfechos con las alhajas y los tejos de oro que por todos los medios obtenían de los naturales, durmieron sobre sus laureles. Contentáronse con mandar trabajar los placeres auríferos y los otros varios yacimientos que fueron conocidos y explotados por los primitivos pobladores.

Las continuas excitaciones del gobierno de España los despertaron, y luego, al fin, los movieron. Con halagos y amenazas trataron de que los indios les descubrieran los sitios de los crestones minerales del oro y de la plata.

Pero los indios se negaron, y por muchos años resistieron, y sólo á la caridad se doblegaron. Algunos autores, y eminentes, aseguran que en Taxco y Sultepec y Pachuca. lu-

gares cercanos á la ciudad de México, fueron abiertos por los españoles que primero arribaron al territorio, los tajos necesarios para la explotación de las vetas argentíferas.

Pero el minero D. Tinidad García internóse en los archivos, trabajó en ellos durante muchos meses, y al presentarse otra vez entre los vivos fundó las fechas, en mi concepto, con rico acopio de sólidas razones.

Según él, no brillaron los tejos de plata por primera vez entre las manos de los españoles, sino muchos años después de la conquista. En 1543, una caritativa dama, doña Leonor de Arias, viuda de D. Pedro Ruiz de Haro, dió de comer á un indio hambriento, allá por Compostela; el indio al despedirse dijo agradecido: “Dios te lo pague, señora, y ten confianza en El, que te ha de dar tanto oro y plata que te sobren muchos millares.” Tres días después volvió á presentarse el indio ante la señora, y depositando á sus pies cierta cantidad de ricos minerales, le dijo: “Señora, en recompensa de tu bondad, esto y su criadero son para tí y para tus hijas y sus decendientes.” La señora, agradecida, salió con el indio á ver el crestón, le puso por nombre “Espíritu Santo,” eligió al descubridor para mayordomo, y enri-

quecióse grandemente con el oro y con la plata de su veta.

“La humilde choza,—dice el mencionado señor García,—de la pobre y nobilísima familia Ruiz de Haro se convirtió en el gran palacio de la poderosa condesa de Miravalles.”

Tanta riqueza produjeron los trabajos mineros de “Espíritu Santo” para la Nueva Galicia, que se erigió en obispado, fundándose en Compostela la primera Audiencia y las primeras cajas reales, de las que fueron Pedro Gómez de Contreras tesorero, y contador Diego Díaz de Navarrete.

Tres años después, expedicionando por cerros y barrancas, el hábil y atrevido capitán D. Juan de Tolosa llegó y asentó su Real, al pie del cerro de la Bufa de Zacatecas, el 8 de Septiembre de 1546. Algún tiempo antes había pisado tierra de Zacatecas Pedro Almíndez Chirinos; pero tanto por la osadía y denuedo de los naturales cuanto por lo escarpado de los riscos, las quebradas de la serranía y la escasez de vegetación, todo lo cual le hizo calificar de miserable aquella tierra, volvióse á toda prisa por Jerez y Tlaltenango.

Dos años de constantes agasajos empleó Juan de Tolosa, quien por otra parte sabía

atraérselos con su cariñosa afabilidad, para conquistar la cooperación valiosa de aquellos denodados y altivos montañeses. En 1548, compadecidos de las fatigas de los españoles en el explorar de aquellos riscos, comenzaron á exhibir muestras de minerales al capitán Tolosa, fundador de Zacatecas.

He aquí, en su parte principal, una inscripción que existía en la parroquia de Zacatecas, que se refiere al segundo descubrimiento minero de la época colonial, y que inserta íntegra D. Trinidad García en su interesante obra ya citada:

“Año de 1546, día de la Navidad de Nuestra Señora, entré en estas Minas yo Joannes de Tolosa, y año de 1548, día del Señor San Sebastián, á veinte de Enero; entré yo Balthassar Temiño de Bañuelos, en estas minas; y en este mismo año, día del Señor San Bernabé, á once de Junio se descubrió la Beta de San Bernabé que fué la primera Beta de plata que se descubrió; y en este mismo año, día de San Benito, se descubrió la Beta de la Albarrada de San Benito; y en este mismo año, día de Todos Santos, se descubrió la Beta de Pánuco.”

Con el trabajo de esas minas y el de las des-

cubiertas después, Zacatecas empezó á llamar la atención del mundo y la llamó, durante siglos enteros, por las cuantiosas riquezas de sus vetas.

El notable panino minero de Taxco fué descubierto, con el de Sultepec y el inmediato de Temascaltepec, en 1549, según el padre Cavo. Dice así, refiriéndose á las mejoras realizadas en dicho año por el virrey Mendosa: "Agregóse á esto que no lejos de México se descubrieron ricas vetas, que no eran ignoradas de los antiguos Reyes mexicanos, como en Taxco, Sultepec, Temascaltepec y otros pueblos, con lo cual creció en opulencia aquella capital.

Algunos historiadores, como Alaman, y el famoso jurisperito Gamboa, en los comentarios de las ordenanzas mineras, á los que debe su gran reputación, aseveran que las vetas de Taxco fueron poseidas y explotadas por el Conquistador, Hernán Cortés; pero después de prolijo estudio, D. Trinidad Garcia, con gran golpe de buenos argumentos, ha refutado y, en mi sentir, victoriosamente, las indicadas aseveraciones, demostrando que quienes "continuaron el laboreo de las minas de Taxco, de 1570 á 1585, fueron los primeros descendientes de Cortés, los marqueses del Valle de Oaxaca.

A principios del mismo año de 1549 ó fines del de 1548, uno de los convoyes con que los negociantes traficaban entre México y Zacatecas, siguiendo el camino de herradura que pasaba por Querétaro, por Guanajuato y por Lagos, detúvose al caer la tarde en la cumbre del Cerro de la Luz. Los gambucinos zacatecanos que formaban parte del grupo, diéronse luego á examinar con avidez los crestones que allí vieron, y se encantaron con sus pintas minerales. Al día siguiente prosiguieron su tarea, y después de rumboear la veta, la llamaron San Bernabé, en recuerdo de la de Zacatecas.

A este feliz descubrimiento siguieron pronto los de "La Luz," "Mellado" y "Rayas," y algunos años más tarde, el de mayor trascendencia, el de la famosa "Veta Madre," que con los anteriores había de producir las grandes riquezas que encumbraron á la mayor prosperidad á la ciudad de Guanajuato.

La creciente habilidad que, con la observación de los depósitos minerales ya encontrados, iban adquiriendo los gambucinos españoles; las recompensas ofrecidas por ellos mismos á los exploradores indígenas y los premios pecuniarios decretados por el Gobierno español

para el hallazgo de cada nuevo criadero, deben de haber sido las concausas principales del descubrimiento de las célebres vetas de Pachuca. Realizóse en 1551, y parece que las primeras en que se trabajó fueron las del Jacal y del Encino. En éstas, como en todas las labores de aquellos primeros tiempos, efectuóse á tajo abierto la entusiasta explotación. Esta y la de todas las demás importantes vetas que fueron encontrándose después, llevó á gran altura la reputación minera de Pachuca.

Mas con ser tan grande, no fué bastante á impedir que la relegara á segundo término, en 1557, el maravilloso sistema metalúrgico de *beneficio de patio*, descubierto en Pachuca, para los minerales de plata, por el célebre Bartolomé de Medina.

En 1552, el esforzado caudillo Ginés Vázquez del Mercado, buscando la montaña de plata que tan preocupados tenía á los españoles todos, descubrió el famoso cerro á que dió su nombre, "del Mercado."

Entristecióse y mucho cuando algunos soldados vizcaínos que le acompañaban, grandes conocedores de los minerales de hierro, le aseguraron que eran éstos, y de excelente calidad, los que constituían la montaña.

En 1554, Francisco de Ibarra, con instrucciones de Tolosa, reconoció el primero las vetas del cerro de Proaño y fundó allí, más tarde, en 1561, el Real de Minas de Fresnillo. El Real de Sombrerete fué establecido en 1555 por Juan de Tolosa, el fundador de Zacatecas, quien, en la misma expedición, creó las poblaciones mineras de San Martín de la Noria, Avino y Chalchihuites.

Martín Pérez encontró las vetas de Santiago y Nieves después de 1558, y en 1562, encantado con la fertilidad del sitio en que hoy se halla, fundó á "Nombre de Dios." Al año siguiente, el 8 de Julio de 1563, Francisco de Ibarra erigió con toda solemnidad la villa de Durango en capital del reino de la Nueva Vizcaya, y para fomentar su prosperidad compró una mina rica, en el distrito de Avino, y la cedió á todos los que la quisieran trabajar, con la condición de construir sus casas en la villa de Durango. Fué tal la prisa que se dió á explotarla, á tajo abierto, y desde la cumbre del cerro, que, según el mismo publicista García, puede verse allí "una abra de más de dos kilómetros de longitud, con quince ó veinte metros de anchura y más de ochenta metros de profundidad."